

ESTUDIO-INVESTIGACIÓN: LA ELABORACIÓN DEL ALJEZ Y LA CAL EN TORRE LOS NEGROS

Por M^a Pilar Sarto Fraj

Un nuevo estudio partiendo de testimonios orales de distintas personas de Torre los Negros a quienes agradecemos desde aquí su colaboración. En esta ocasión, para rememorar las algeceras y las caleras, el trabajo de elaboración del aljez y la cal, hemos contado con Anunciación Garcés Esteban, Demetrio Collados Julián y Gregorio Herrero Ferrer. Ellos han sido testigos presenciales y actores de una tarea en estos momentos olvidada.

Os animamos una vez más a colaborar con “GILETA” para completar este estudio-investigación.

Más de uno se habrá preguntado: ¿Por qué se llaman las algeceras así?, y si le han contestado que porque ahí se hacía el aljez, habrá dicho ¿y eso qué es?. Más de una vez, yendo en la ronda habrás oído:

*“No vayas por la traición,
que tiran aljezonazos,
ve por la calle Mayor,
que tiran besos y abrazos”.*

Bueno, pues aquí tienes las respuestas a tus dudas, a través del testimonio de personas que hicieron yeso, aljez, que es la denominación aragonesa y que ya desde pequeños vieron cómo en las Algeceras, encima del río, en ese monte blanco por pertenecer al Ayuntamiento y por su color, se hacían “hornillos” y se les “daba fuego”... un montón de recuerdos que vamos a intentar ir desgranando y organizando en este estudio.

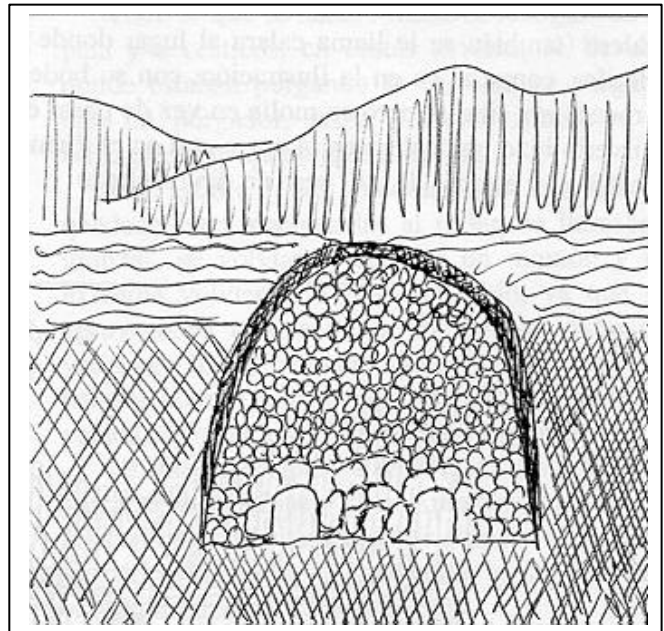
Pero vamos por partes:

EXTRACCIÓN DE LA PIEDRA

Después de pedir permiso al Ayuntamiento, cada uno arrancaba la piedra metiendo cartuchos de dinamita. Esos barrenos (“la pólvora” los llaman algunos) se adquirían en Villafeliche. Había que solicitarla de manera formal puesto que estaba controlada. Al explotar saltaban los trozos de piedra y con ayuda de barras de hierro o barrones, se arrancaban los trozos de las laderas de la montaña, “*apalancando saltaban las piedras mejor*”. Las piedras arrancadas se trabajaban a pico para ir cargándolos de un tamaño ya adecuado en carretillas y bajarlos hasta la era de las Algeceras.

PREPARACIÓN DEL HORNILLO

Se trataba de “*hacer el caseto, todo de piedra puesta a capas, la piedra arrancada, para poder pegarle fuego y hacer el aljez*”.



“Se hacía una brancada, toda de piedra. Primero se preparaban las boqueras y para eso se ponían piedras gordas para que sujetaran todo”.

Las boqueras eran dos agujeros donde luego se metería la leña; siempre se ponían dos para favorecer el tiro y que se quemara por los dos lados, de forma pareja y además así, si se hundía la piedra de una de las boqueras, podía seguir quemándose el hornillo a través de la otra. Las caleras, de piedra más dura y más fuerte, podían

manejarse con una sola boquera. *“La piedra de yeso es más falsa, se quemaba mejor”*.

Para hacer la brancada de piedra, se aprovechaba el ribazo, de forma que tres lados del hornillo eran ya las propias paredes, la tierra, la montaña... sólo se tenía que construir y cerrar la pared de enfrente.

Primero se iban poniendo las piedras gordas, a cuña, para que sujetaran la bóveda, conforme se iba subiendo se iban poniendo piedras más menudas y al final de todo, el “recebo” lo más menudico, la piedra menuda porgada con una criba... un palmo de recebo era lo que se venía a poner, además de para que se quemara, servía de muro para que no se fuera el fuego entre las piedras, por arriba.

Las dimensiones del hornillo eran *“unos dos metros de altura y de diámetro venía a ser metro, metro y medio”*.

Encima de todo se ponía un bardizo de sarga verde, que solía haber en la Tambla El Tejar o en el Chorrillo, para que no ardiera y encima de

todo, tierra. El bardizo era importante sobre todo si se nublaba, para que no se mojara el hornillo, como protección. Esta última parte de cubrir el hornillo, se hacía desde arriba, tanto el recebo como el bardizo y luego la tierra.

Como veis, era una tarea costosa y de hecho se podía utilizar el mismo agujero para varios hornillos.

La cara externa se forraba con arcilla mojada, para tapar los agujeros y que se quemara bien... *“El fuego, que no se fuera”*.

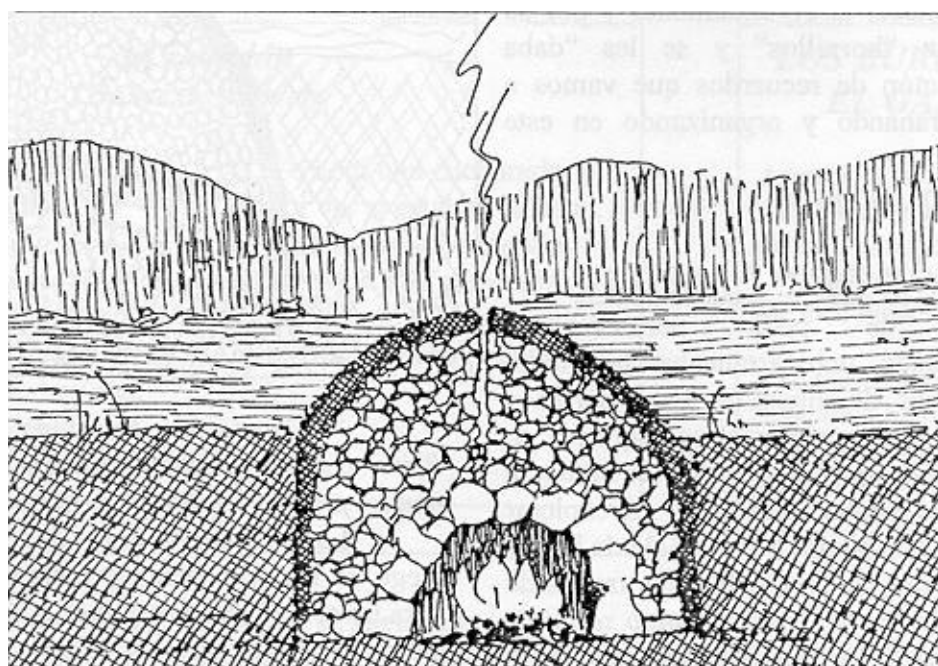
Y cuando ya estaba preparado, se metía la leña por las boqueras. Había que preparar abundante leña, allí, junto al hornillo, ya que nos dicen que se solía gastar de diez a doce cargas. Se le llama carga a los ocho fajos que solía cargar un mulo.

Para la cal se necesitaba más leña puesto que la caliza es una piedra mucho más dura y cuesta más quemarla.

Las cargas solían ser de aliaga y estepas.

CALERA

La cal se sacaba de las caleras de la Sierra (las vetas de cal se llamaban caleras). Allí mismo había una calera (también se le llama calera al lugar donde se construía y quemaba el hornillo). El hornillo era similar, como se ve en la ilustración, con su bodega y su boquera, todo cerrado, redondo. También el proceso era similar pero se molía en vez de pasar el ruego. Recuerdan nuestros colaboradores que el Tio Silverio hizo una calera en la era y otra en el Puente San Miguel, en la solana y la quemaba con la leña de aliaga y estepas de allí, pero no dio resultado.



DARLE FUEGO AL HORNILLO

Se encendía la leña y se iba alimentando el hornillo de forma que las piedras se van quemando. Venía a suponer un montón de horas porque se solía empezar a las tres o cuatro de la mañana y duraba hasta las dos de la tarde. “A carga por hora, para quemarlo aspacico”.

Había que estar al tanto en el reparto del fuego... conforme se iba quemando, si se veía que por un lado ya estaba casi, se iba tapando con tierra para que el tiro del fuego fuera por otro lado y terminara de quemar la piedra de forma homogénea. ¿Cómo lograrlo?: “Echabas agua con una botija cuando el fuego subía, en cuanto chillaba, ya estaba, entonces le ponías tierra de yeso. Al no poder respirar por ahí, se iba el fuego por otro lado y así se quemaba toda la carga”.

Cuando ya se había terminado de quemar, la piedra ya se ha deshidratado y se ha convertido en yeso. Entonces se dejaba tres o cuatro días “para que se enfriara”, de reposo. Simplemente se cubría con un bardizo, cuando ya estaba un tanto frío: “Se echaban unos brazáus grandes de sarga que se cogía en el río o en los sargales del Chorrillo, unos fencejos malos y luego, encima de todo, un palmo tierra”.

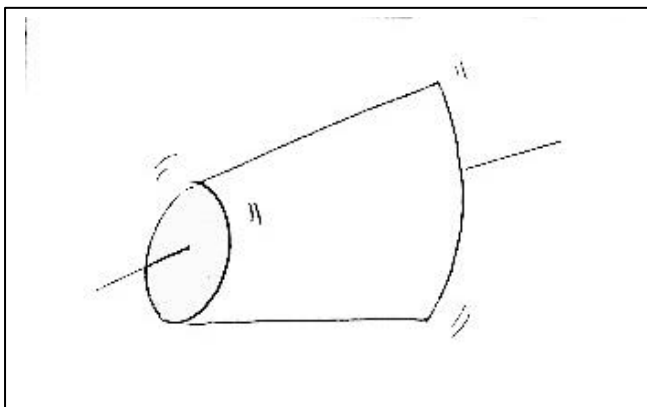
Y venía la siguiente faena que era rollar. Si no hacía buen tiempo, se esperaba.

“Abrían por el frente, sacaban las piedras en las cestas del horno y las extendían por la era, para rullar”

EL RUEJO

Era una piedra dura, con un agujero central donde se metía un hierro. “Era más menuda por un lado que por otro”.

Encima del ruejo se ponía un cuadro de madera y se enganchaba a los machos con una cadena.



Las dimensiones eran en torno a un metro, casi metro y medio.

El ruejo era municipal, no había un dueño particular, estaba allí, en las eras de las Algeceras y se utilizaba por quien había hecho el hornillo, para rollar las piedras una vez quemadas.

Se preparaba en la era un redondil, como una parva pero sólo el anillo donde se situaban los trozos de piedra, aljez, quemadas. La anchura del redondil era la del ruejo, algo más. Por el lado de afuera se colocaba la parte más ancha del ruejo y así ya no se salía de la parva.

Y se iba pasando por encima de la piedra con el ruejo, para hacerla menudica... no tenemos una opinión unánime sobre el tiempo que llevaba “rullar”, unos nos dicen que en una mañana, se rollaba un hornillo y otros hablan de dos o tres días.

Aunque se solía hacer con dos caballerías, quien no tenía más que una, con una.

CRIBAR O PORGAR

Todo lo que se había rollado se recogía con la pala y a cesticos, en cestas terreras, se llevaba donde estaban porgando se cribaba, se porgaba con un porgador, criba o ciazó, similar a la utilizada en la era aunque más fina.

Lo “gordo”, las piedras que no habían quedado bien machacadas al rullar, se llamaban granzas, se volvían a echar a un montón y se extendía volviendo a pasar el ruejo, ya que se aprovechaba todo el aljez. Si alguna piedra no valía por haber quedado dura, es decir, por no haberse cocido bien, se dejaban para una próxima cocida, colocándolas aparte para reconocerlas.

La faena de porgar era tanto de hombres como de mujeres; nos dice Anuncia: “Mi madre porgaba mucho y la María de Pascual también... pesaba muchísimo, ¡se pegaban unas palizas!, ¡estaban escuartilizadicas!”.

Y es que era mucho trabajo y muy duro el que llevaba todo el proceso.

Demetrio lo resume muy bien con su copla:

“DULERO,
ALGECERO
Y HACER CAL,
A MORIR, AL HOSPITAL”

Y añade: “Ahora, como hay adelantos, ruejos con motor, lo echan y ya sale yeso y todo machacado, antes, en cuenta hacer hornillos, hacían amachacadera”.

RECOGIDA, TRANSPORTE Y VENTA

Una vez porgado, el yeso se metía en sacos o talegas y se transportaba al pueblo.

Se utilizaba para casa, para las propias construcciones o bien para venderlo a los pueblos de alrededor donde no había vetas de aljez y por tanto no lo podían fabricar. Nos dicen que se vendía a Cosa y a Alpeñes fundamentalmente; en Bañón y Navarrete había buenos yesaires también que abastecían los pueblos de su entorno.

Se vendía por robos. Nos dice Anuncia:

“Se medía el yeso con el robo, con el rasador, el palo, lo rasabas. En cada saco un par de robos o tres todo más porque eso pesaba muchísimo y para cargarlo al hombro, fijate tú”.

No nos saben decir nuestros informantes el precio que podía llevar el yeso en aquellos años y su relación con otros productos, así que cogemos la referencia de CIERZO, nº 223 de Marzo de 2000 donde Ángel Cañada Giner especifica:

“El yeso así obtenido se vendía medido en unas manegas de madera especiales, similares a las que normalmente se medían los cereales, vendiéndolo a cahíces de doce hanegas cada uno. Los compradores solían llevárselo en sacos de harpillera en los que introducían tres hanegas, que venían a pesar entre 45 y 50 kilos cada saco.”

Como curiosidad, se recuerda que en el año 1929 venía a venderse a cuatro pesetas el cahíz, precio que coincidía con el del kilo de la carne”.

UTILIDADES

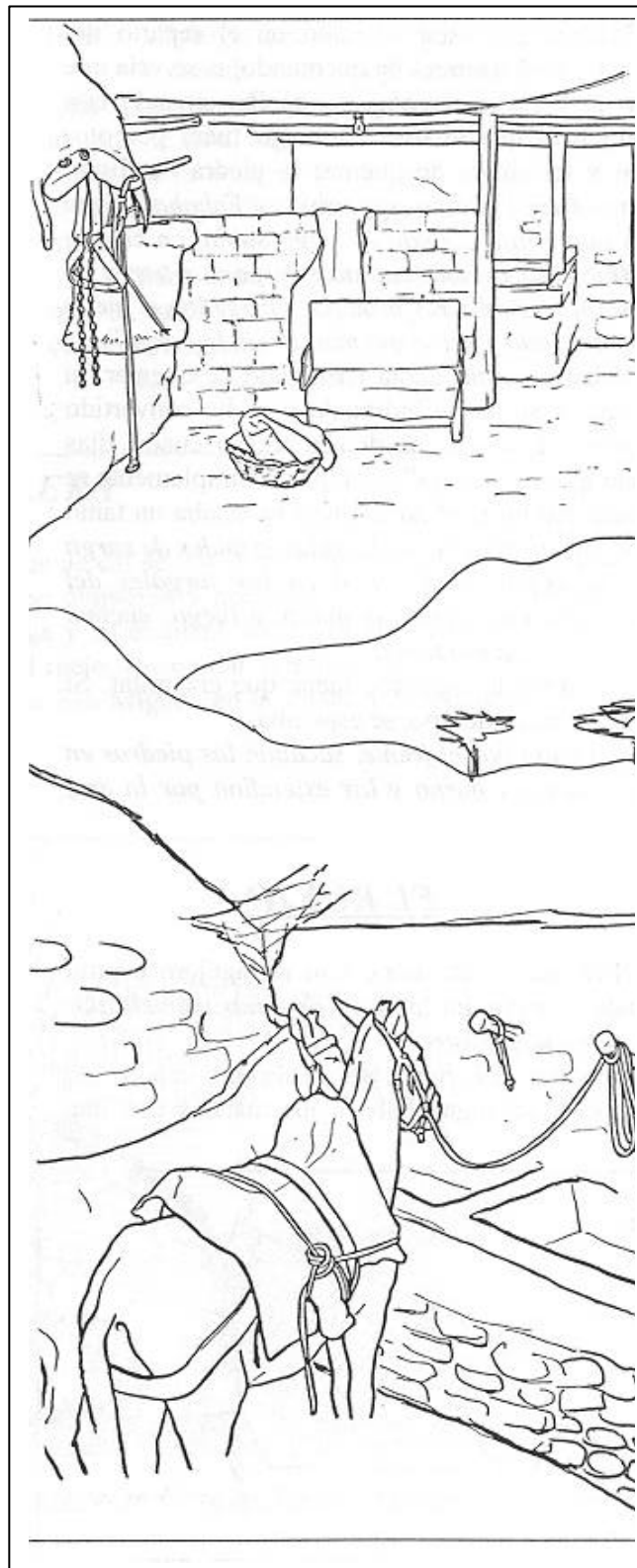
La mayor utilidad era para la construcción, para hacer paredes y para hacer las “vueltas”: entre madero y madero se ponía una madera y se echaba yeso encima, dejando la madera hasta que moría el yeso. Esta técnica y factura se llamaba “revoltones”. Se sujetaba con gallones, como una herradura, echando cascos de teja y yeso. Las maderas utilizadas eran de chopo o de pino, maderas de Torre los Negros y en cuanto a los gallones, a veces se dejaban, sobre todo si eran las vueltas del granero, para poder colgar el matacerdo, por ejemplo, las trancas de las longanizas.

Al ser la construcción la mayor utilidad, se iba haciendo yeso conforme se necesitaba para la obra. Lógicamente no se construía en pleno verano, en tiempo de cosecha ni en tiempos de siembra... la construcción se solía hacer cuando

no había tanta faena en el campo y por ello la fabricación del yeso también solía ser tarea de invierno.

La venta en Torre los Negros era un ingreso económico importante.

Les preguntamos a nuestros informantes cómo se aprendía todo esto y son claros en la respuesta: VIÉNDOLO Y HACIÉNDOLO.



FABRICACIÓN DE LA CAL

Aunque como hemos dicho, la cal de Torre los Negros no era de buena calidad, sí se utilizaba como material de construcción y para otros fines, por lo que vamos a hacer algunos comentarios sobre su fabricación y utilidades, así como algunas curiosidades que nos han contado.

La cal es óxido de calcio, de color blanco, bastante ligera y sobre todo cáustica, “destroza cuando está viva” por lo que había que manipularla con cuidado.

Nos dicen nuestros informantes que la cal es un material muy bueno. Dice Demetrio:

“A los cien años la cal es niña, mucho mejor que el cemento. Yo le ayudé una vez a hacer cal a la Claudia y a Esteban, el albañil de Bañón, con Salvador, el melguizo del tío Santiaguillas y fuimos con Teller a llevar la cal allí, pero salió mal”.

Recogemos una referencia de Julio Monzón Royo, en Diario de Teruel:

Los modernos materiales para la construcción y para la pintura industrial han venido a arrinconar a la cal que hasta no hace muchos años constituía un elemento básico e indispensable para el pintado de fachadas y edificios en nuestra provincia, y para otros usos, como la desinfección y para fines curativos.

Hasta mediados del presente siglo era frecuente el uso de la cal en Teruel, básicamente para preparar el mortero o argamasa mezclada con arena en la construcción de muros y edificios, y para el blanqueado de paredes, tanto interiores como exteriores de la vivienda.(...)

Las piedras de cal viva, depositadas en grades recipientes de barro como tinajas y “cocios”, y mezclada con agua, se convertía en cal muerta y constituía una excelente pintura de tonalidades blanquísimas, para ser usada, mezclada con más agua y a veces con colorantes, como azulete u ocre, y su empleo era habitual e indispensable en nuestra sociedad rural.

A los niños nos complacía ver hervir el agua al mezclarla con las piedras de cal viva, aunque conocíamos que era aquel un acto que conllevaba cierto peligro, y conocíamos también el consabido: “Tener mucho cuidado, eso es peligroso. No os acerquéis a la cal”.

El horno de cal más frecuente en Teruel era construido en campo abierto, en las proximidades de las canteras de caliza, y consistía, simplemente, en una bóveda hecha con las piedras más grandes, sobre las que se

colocaban con habilidad otras más pequeñas y cubierto todo con una capa de arcilla refractaria. Se colocaba en el interior leña o carbón de carrasca y se prendía fuego a la “hornada” hasta que toda la caliza se convertía en cal viva. Tras dejarla enfriar se sacaba la cal, ya dispuesta para su posterior comercialización y uso”.



esta versión de Julio Monzón pero nos recuerdan que se le ha olvidado la fase de moler las piedras de cal cocidas.

También añaden que era muy buena para combatir la patera del ganado, como ya decimos en el artículo de la ganadería: se hacía una franja de medio metro de ancha y unos tres dedos de honda y ahí se echaba cal viva en polvo, que los animales pisaban al entrar y salir, consiguiendo matar la enfermedad. Nos dan más utilidades: para las canales y para tratar los toneles en los que el vino se había avinagrado. Muerta, se empleaba como insecticida para algunos frutales y para blanquear mojones de los linderos.

Nos dicen que por la tierra baja se empleaban 20 ó 25 volquetadas de piedras (25 metros cúbicos). La cocida duraba tres días con sus noches, con fuego sin interrupción, empleándose algo más de 300 cargas de leña de ocho fajos. Cuando las llamas atravesaban la carga saliendo al exterior en tonos coloreados, ya estaba.